

PALABRAS DE AMOR EN ALEMAN
Escrita y dirigida por Gilberto Guerrero

Perro Teatro A.C. bajo la batuta de Ana Luisa Alfaro y Gilberto Guerrero lleva en la escena del teatro nacional más de 25 años y tiene en su haber alrededor de 27 montajes, la indudable experiencia que han adquirido al frente de la Compañía y los altibajos a los que han tenido que enfrentarse han hecho que las últimas experiencias escénicas que han producido y que yo he podido ver se conviertan también en una experiencia para los espectadores.

Este montaje es muy afortunado. El texto escrito por Gilberto Guerrero, es por decir lo menos, una poesía, la construcción de cada una de las frases, el contenido, el significado, la relación entre cada una de las cosas que se dicen y los personajes, hacen que sea rico de escuchar, es como escuchar palabras de amor; una poética del viajero que abandona el hogar a la búsqueda de un mejor presente y de un mejor futuro.

Gilberto Guerrero ha querido reflexionar sobre los motivos íntimos que provocan que algunos mexicanos se marchen de nuestra patria en busca de “algo”, dice que ese “algo” puede ser la búsqueda de pan, de paz o de amor, quizás las tres grandes causas que mueven al mundo. Ana (Ana Luisa Alfaro) es todos esos “algos” juntos, el personaje mismo, interpretado con elegancia, es un gran poema, una figura que cumple las tareas de detonador, guía y pivote argumental. Los personajes que cohabitan la escena son construcciones sencillas de personalidades conocidas, son personajes que caen bien por su cercanía con el lenguaje, con lo común y con lo cotidiano, es ahí donde encuentran su riqueza, entre más cerca estén del espectador más empatía generan, es un curioso entendimiento entre actor y espectador que se ve poco en los escenarios.

Karen Daneida, Abril Pinedo y Abel Ignacio Hernández hacen un buen trabajo, sin embargo al escuchar el texto sientes la necesidad de profundizar en los personajes y pareciera que los actores no se han dejado tocar, quizás porque los personajes son tan parecidos a ellos mismos; aún y con ello, son simpáticos y amigables.

Hay cuatro cosas que no entiendo por qué fueron así: la iluminación, el vestuario, la escenografía y el movimiento escénico; la iluminación a cargo de Arturo Nava fue “extraña”, un color sobre otro, sombras en algunos lugares, no daba ambientes, era como si hubiera puesto luz para colorear de manera atemporal una escena atemporal pero sin poder lograrlo, en lugar de colaborar con la escena, distraía.

El vestuario y la escenografía estuvieron a cargo de Michel Couvelier quien vistió a los actores como se visten en la vida, como si los hubiera tomado de la calle, viendo esto, cuestiono la utilidad de tener un diseñador, ¿para qué “diseñar” un vestuario si lo que les voy a diseñar ya lo tienen en su guardarropa? Y con respecto a la utilería-escenografía hecha a base de maletas viejas: ¿las maletas de nuestros abuelos son la única forma de transmitir la añoranza del viajero? Es como una redundancia a la forma poética del texto, es como acentuar el sentimiento, obligar al ojo del espectador recrear una forma ya conocida.

Y algo en lo que puse especial atención fue el movimiento escénico (o quizás mejor dicho, el movimiento corporal de los actores), en esta ocasión lo menciono porque hacen especial hincapié en él, no aporta al discurso, ni es maravilloso como para calificarlo de sorprendente, ni es tan sencillo para calificarlo de sutil, es un poco torpe, hacen como que hacen, giran como que giran y sorprenden como queriendo sorprender, tache para el diseño de movimiento, su limpieza, su aportación y su razón de ser.

La música original de Salvador González va con la escena, sigue la obra, comprendió el discurso, la razón de ser de cada escena y los motivos de cada personaje pero se ve fatídicamente entorpecida por el mal manejo del técnico responsable, en fin, quizás solo sucedió en la función que yo vi.

Solo menciono esos cuatro aspectos porque me parece que si estuvieran contruidos de tal suerte que acompañaran la poética del dramaturgo y director, el montaje hubiera sido literalmente un “trancazo” y creo que solo es cuestión de pulir algunos detalles para que así sea.

No debo dejar de recalcar que no obstante las observaciones anteriores el montaje es uno de los más entrañables que he visto bajo la dirección de Gilberto Guerrero y su construcción amerita un aplauso fuerte, largo, de pie.

Lunes, martes y miércoles a las 20:30 hasta el 13 de agosto de 2014 en el Teatro El Milagro.